

«De la primavera árabe al verano europeo» (Indignados de la Plaza de España)



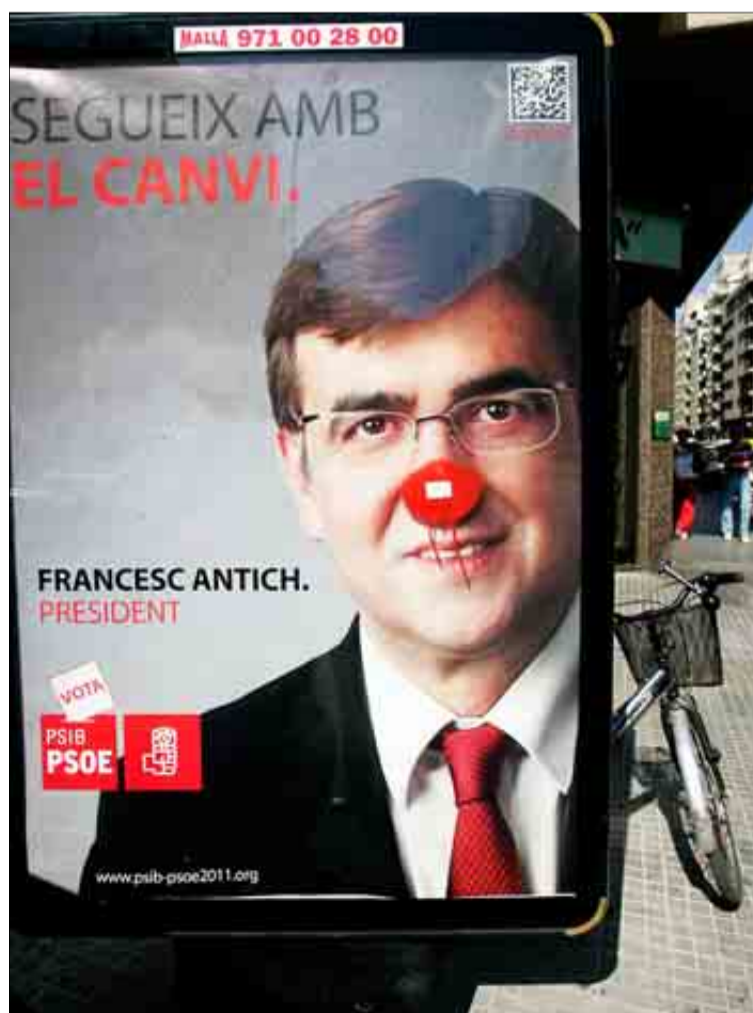
Un día después de las elecciones, grupos de jóvenes seguían acampados en la Plaza de España formando corrillos y rodeados de pancartas. / REPORTAJE GRÁFICO: PEP VICENS, CATI CLADERA, JORDI AVELLÀ



Restos del naufragio: dos jóvenes ciclistas pasan junto a uno de los carteles de la Lliga de Jaume Font.



Una mujer lee las proclamas de los 'indignados' colocadas sobre los setos.



Ya se hace leña del árbol caído: Antich ridiculizado en uno de sus carteles.

Entre las urnas y el ágora

LA TELARAÑA
JUAN PLANAS BENNÁSAR

Mi vena ácrata –en según qué temas– y mi vena escéptica –en según qué otros– llevan bastantes días alborotadas, casi como si de gresca continua o de farol y requiebro, como si echándose en cara sus lugares de acuerdo y divergencia, «ves, ya te lo dije», la una a la otra, y viceversa, y no hubiera forma, ni tampoco muchas ganas, de reconciliarse o reconciliarlas.

Será, me temo, que los lugares de la revolución –curioso eufemismo– son tan herméticos e indecifrables como, a ratos, diáfanos y transparentes. En ellos brilla la luz de forma intermitente, dejando en el aire –suspendido, absorto o quizá indignado– un extraño resplandor a sombras chinescas, a mezcla inverosímil entre lo que es y lo que pudo haber sido. Pero, a veces, toca hacer balance.

No viví el mayo francés de 1968. No tengo excusa, lo sé, pero qué quieren que les diga. Sólo tenía 11 años y, por ello, lo tuve que sustituir, andando el tiempo, por la vorágine social que, a partir de noviembre de 1975 –con mis hormonas recién des-perezadas, amenazándome, incluso, hasta con el desahucio–, convirtió este país en un lugar de

asambleas, conciertos y orgías, de carreras y revolcones callejeros, de cánticos y, también, de esperanzas. De amor y flores prohibidas. La música celestial de la inocencia. El alarido del buen salvaje. La fe en la bondad del hombre para con el hombre.

Ya no sé qué queda, en mí, de aquella, mi primera primavera de la libertad. Quizá mucho, porque ella ha sido, aunque a trancas y barrancas y, siempre, por caminos retorcidos, la que me ha conducido hasta aquí y ahora. Al instante presente de la mirada escéptica, pero todavía fabuladora, literaria. Puede que indignada, sí, pero no siempre, ni mucho. Por eso puedo compatibilizar, sin problemas, unas horas, días o semanas en el Ágora de la Plaza de España –rebautizada de Islandia, donde ya ruge otro volcán y sus cenizas amenazan, de nuevo, con sepultarnos– con unos breves minutos en la cola administrativa de las urnas.

No sé si la revolución se ha realizado –o si se realizará– en un lugar o en el otro. O si en ninguno. La buena noticia es que nos hemos librado en las Islas –o eso espero– del nacionalismo y de buena parte de la corrupción. La mala es que llevamos toda la vida acampados en el ágora interior de nuestros sueños y aún no sabemos cómo mejorar las cosas. Un dislate.